

Malabares de un Cronista

Animales Literarios Chilenos

Enrique Lafourcade. Editorial Sudamericana, Santiago, 1996, 324 páginas.

por Jessica Atal

EN 1952, Alone se preguntaba cuál había sido el objetivo de Enrique Lafourcade al escribir *Pena de muerte*. Acaso nada, se respondía a sí mismo. Porque—como era de esperarse de quien no escribe por favor o por encargo—en esta obra no se encontraba aquello que todo el mundo “esperaría” de una novela: una intriga, un desarrollo y un final perfectamente delineados.

Después de una prolífica trayectoria literaria, sabemos que Lafourcade nunca ha escrito de acuerdo a “lo que todo el mundo espera”. Sabemos que escribe—y también dice—lo que piensa y lo que quiere. Con pasión o arrebatado, con elegancia evocadora o con el humor que no le falta, lo hace por placer.

Pero también escribe por nostalgia. Ya en aquella segunda novela, Alone subrayaba el perfil agudamente melancólico del protagonista. Y, una vez más, en esta selección de crónicas sobre los *Animales literarios chilenos*, se advierte la vez, celosa de la fuga, de un narrador que sonríe—pero que también a veces se entristece—recordando una atmósfera ya inexistente en el mundo intelectual chileno. Estos artículos—recopilados desde los años 70 y publicados principalmente en este diario—reflejan un tiempo casi mítico que, según Lafourcade, las nuevas generaciones desconocen. Es más, ni se imaginan. Porque en esa época, advierte, los escritores no pretendían, como ahora, ser “héroes de la patria”, siempre al acecho de distinciones y reconocimientos externos. Era el mundo de los “escritores con ánima, animados, con alma”. Entre ellos, Oreste Plath, Jorge Teillier, Eduardo Anguita, Francisco Coloane, Vicente Huidobro, Braulio Arenas, Alejandro Jodorowsky y tantos otros. La lista es larguísima.

Sin máscaras, develando al ser humano que se esconde debajo del escritor, Lafourcade reúne algunos de los episodios más geniales en la vida de personajes amigos—y de otros que no lo han sido tanto—“seres excepcionales que iluminaron” días hermosos y poéticos. Así, despliega sus condiciones de acucioso observador, de escritor temerario, de mago y malabarista, nunca dejando de admirar incondicionalmente la vida—trágica, tierna, ridícula o sorprendente, la vida en todas sus dimensiones—y la belleza a la que alude—en su connotación más romántica—, “como una lágrima en un libro olvidado”.

Para comenzar, una pelta de bon. El escenario no es esta vez el estadio Chile ni el teatro Caupolicán, sino la mismísima Sociedad de Escritores. ¿Quién lo diría? Entre compañeros de causa, de pluma. Pero ahí están: pufos, “gritos, tirones de mechas, botelleros y otras ‘artes marciales’”, entre los más civilizados, intelectuales que muchas veces no son “bellas panteras y nobles tigres y leones” sino, más bien, risonos, loros y hacinas. Un circo. O un zoológico.

Enrique Lafourcade



Animales Literarios Chilenos

EDITORIAL CLAYTON DE CHILE
Editorial Sudamericana

Luego, un tributo al cronista chileno por excelencia, Joaquín Edwards Bello. Al autor de *El reto*, Lafourcade lo define como el “antiincansable”. Edwards Bello deploraba la *fatiga mental* y tomaba suicidándose en su intento de hacerle el quite al destino inevitable, a la enfermedad, a la vejez. Lo vemos solitario y nervioso, enamorado de su Valparaíso natal, caminando por las calles de los cerros. Lo vemos en toda su humanidad, triste al presenciar cómo el puerto se ha convertido en escombros...

Aparece también Carlos León, otro enamorado de Valparaíso, rutinario en sus visitas al Café Riquet, donde “tuvo su mesa y su mero” y tomaba té chino. Y célebre no, también hay espacio, como una pintura, para “la musa mayor”: la hermosa Sara Vial. Aquí, a modo de bodegón, la prosa de Lafourcade se torna poética. Su pluma se impacienta por sentir a la belleza en sus piernas, por tomarle la mano: “Sara tiene algo nocturno, blanca en el crepúsculo”.

Conmueven las palabras escritas en 1991 sobre Francisco Coloane, el gran hombre del sur, cuando tenía 81 años, un cuerpo enorme y barbas blancas y “plumosas”. Recuerdos de niño y adolescente. También de su madre, quien manejaba un bote de cuatro remos y usaba revolver. Y de su padre, un lobero y cazador de ballenas que preparaba singariches de ostras.

En las más de veinte mil crónicas publicadas por el autor, el “chico Molina” nunca ha estado ausente. Es uno de sus fantasmas y “uno de los más necesarios”, dice. Lo divertido es que el mismo Molina fue un poeta fantasma; aparte de varios plagios y de la constante auto-promulgación de sus obras, este hombre no publicó nada en toda la vida. Pero Lafourcade lo rescata, lo defiende y lo define, no como un impostor, sino como un colega en su incesante adoración a la belleza.

Luego hay un capítulo dedicado “al maestro Luis Oyarzún Peña con cariño”. Encendió, revela,

su adolescencia con poesía y verdad. Presenciamos aquí los últimos momentos del monstro, entre puentes y bosques, en una isla, una montaña o el silencio. Siempre el efecto fugaz, maravilloso, comorvidas para luego irrupción con todo lo espontáneo del chileno: “Si no se quedas callado hasta que terminemos el libro no te compro pan de huevo!”.

Enrique Lafourcade ha leído, ha escrito y ha vivido incansablemente. Es un autor de oficio, sin duda. Y si acaso no ha escrito “la gran novela”, es sorprendente su destreza para plasmar tantas y tan bien sus memorias: en escenas cortas, imágenes, atmósferas: los tres minutos de Corve como miembro de la Sech, Gabriela Mistral en pantalones, Miguel Serrano en busca de Hitler, Teitelboim equivocándose de camino, etc. Con soltura y sin que llegue a confundirse el instinto ni la brevedad ni el cariño, van quedando retratados los miedos y los sueños, la inteligencia y la locura de hombres y mujeres que han protagonizado—para bien o para mal—hitos importantes en nuestra literatura. Es lo que el autor entrega en estas crónicas: una parte muy suya. Y lo hace bien. Como un maestro.

Pese a las opiniones sobre su novelística, Alone nunca dudó de la “indiscutible riqueza” del talento de Enrique Lafourcade, capaz de hacer maravillas con la agilidad de su pluma, con aquella ligera gracia seductora.

AUTORÍA

Atal, Jéssica, 1964-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Malabares de un cronista [artículo] Jessica Atal. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile